



"Ser periodista es ser testigo activo de la vida. Ser capaz de mirarla y oírla con ojos y oídos siempre nuevos. Percibir, en los rostros y voces de otra gente, la expresión de su angustia, de su amor, de su esperanza. Acercarse con respeto al dolor, a la alegría, al entusiasmo o al silencio".

Pulcro en la escritura, gentil en la actitud, cristiano en el modo.

Amante de la palabra. No ocasional ni clandestino. No. Al descubierto, con permanencia.

Irónico sin acidez, tolerante y sin embargo claro, suave aunque valiente.

Maestro en plenitud.

En la cátedra y en el ejercicio tenaz.

Cofundador de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica. Allí, en el sosiego de una casona de calle San Isidro, conocimos su prosa tersa, su tarea infatigable, su herencia grata.

Es Guillermo Blanco, nuevo Premio Nacional de Periodismo.

Otros también lo merecían.

Pero su reconocimiento es justo y armónico, necesario y oportuno, saludable y solidario.

Claro, no es el reportero clásico, agotado en la búsqueda callejera, en el incendio devastador, en el terremoto que se reseña en primera página.

Tampoco lo fueron Joaquín Edwards Bello ni Daniel de la Vega, cumbres de nuestra profesión de amor.

Y son redactores inolvidables: guías y emblemas.

Blanco no gasta sus suelas ni las cintas de su grabador.

La trinidad de Guillermo Blanco



No va a conferencias de prensa ni trasnocha en un diario. No se agobia con el despacho en la frontera de la hora de cierre ni se estremece por las andanzas del cronista policial.

Todo eso es respetable, digno, absorbente.

Mágico, a pesar de que parezca un ejercicio de ingenuidad.

El escogió otro sendero: columnista elegante, no perezoso. Combativo en su casi dulzura, enérgico en la sutileza, independiente en el compromiso de católico y de demócrata.

No transita por un camino de rosas, ajeno a dramas y alegrías, silencios y culpas, peligros y sensaciones.

Sus artículos eran acero de Toledo, nunca garrote; espiga y no maleza; perfume y no hedor.

Ni cómplice ni complaciente.

En "La vida simplemente" en revista "Ercilla" retrató paisajes vecinales, miró a los ojos. Capturó emociones y sentimientos, rescató la

del semanario "Hoy" se atrevió a criticar cuando otros callaron, a opinar en la hora de pleitesía, a juzgar con humor a los que buscaban sólo aplausos.

Renunció al adjetivo para mostrar la sustancia.

No es hora de biografías impersonales. Los datos del Registro Civil no nos hablan con justicia de este hombre

construido de bondad generosa, de reflexión atenta, de calor derramado.

Lo sentí en la Escuela de Periodismo. Me enseñó a fugarme de los lugares comunes, a desafiar la monótona pirámide invertida -pruebe y comprobará que se cae-, a evitar las redundancias.

No fue lo principal.

Con él aprendí a vivir con estremecimientos, a palpar con la mujer amada, a entender al hombre en su dimensión de todos los días. No nos enseñó sólo a repetir fórmulas, a llenar casilleros con palabras plagiadas, a registrar horas de declaraciones

inútiles, de voces sin corazón.

No.

Fue un agitador de nuestros estilos. Nos provocó el asombro, nos animó a leer, nos estimuló para deslumbrarnos.

Hizo -perdón, hace- cátedra más allá de la universidad. En las aulas sí, también en los artículos. En su conducta. En su modo.

Premiar una trayectoria extensa parece una pensión. Una vida dedicada a la palabra, que inaugura y sorprende, exhibe y empuja, es un acto de justicia.

Blanco formó a varias promociones de estudiantes. Desde 1961 en la UC. Ahora, en la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales.

Allí escribió su confesión:

"Ser periodista no sólo es ser testigo que presencia sucesos y procesos: es, además, reflexionar sobre ellos, analizar, traducir la realidad en palabra e imagen. Palabra fresca, viva, leal a la verdad, imagen clara, fiel, sin distorsiones".

Dicho a su modo, no es pura musiquilla verbal.

Siente, participa, entrega. Sirve, con fervor apostólico.

En el reciente Congreso Nacional de Periodistas -en la limpia Concepción- se celebró su premio.

Por la trinidad de sus méritos: profesor que cree en lo que enseña; amante fogoso, despierto y concentrado; de la libertad de expresión; artista impecable de la palabra.

La página ya no está en blanco.

La escribimos con gratitud sus ex discípulos, sus colegas, sus amigos.

Periodista.

La trinidad de Guillermo Blanco [artículo] Enrique Ramírez Capello.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La trinidad de Guillermo Blanco [artículo] Enrique Ramírez Capello.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile